

Diario de un
Matrimonio

Por

Lucero Ruiz

Lunes 11 de agosto

Mi nombre es Lucero Ruiz de Rivera. Este es mi otro diario, el viejo se lo llevó la policía... Sé que debo empezar por alguna parte, si quiero hacerlo bien, lo primero que debo decir es que me dispararon por la espalda, sentí el calor penetrante de la bala quemar ligamentos y fibras, romper músculos y tendones de mi cuerpo y luego enterrarse en mí como un cuchillo caliente. Lentamente, fui directo a la alfombra y no pude hacer nada para evitar la caída que, a pesar de todo, no sentí y no me dolió.

Me quedé paralizada, sin sentido, era una oruga, una babosa en el piso, flácida e inútil; a lo lejos, entre la espesa bruma de la inconsciencia, escuché otro tiro y pensé que Román había corrido con la misma suerte que yo. Un segundo después una ola de temor llegó y golpeó mi corazón en el piso, temí por mi embarazo, por esa princesita que llevaba gestándose tan pocos meses y que, después de esto, probablemente nunca vería la luz.

Los dos hombres que me subieron a la camilla también me separaron del silencio sepulcral en el que me había hundido, escuchaba todo pero no podía ver a Román ni hablar, me sentía débil y la lengua era un pedazo de plástico derretido entre mis labios.

Mientras me sacaban a la calle del Montecristo, atada a la camilla, lo primero en lo que pensé fue en nuestros vecinos. Sí, tan absurdo como suena pero así fue, pude sospechar que mis vecinos del fraccionamiento estaban discretamente asomados detrás de las cortinas desde el momento en el que llegaron las patrullas.

Ahí estaba yo, Lucerito o Lucy, como suele llamarme Román aunque sepa que no me gusta, en ese momento de debilidad, cercana a la muerte, absurdamente imaginando a

Irma y Pablo, junto a Pablito, detrás de las gruesas cortinas de su salón "sí Pablito, es como una película, no pasa nada", por eso su hijo será toda la vida un idiota, con unos padres que lo hacen vivir en un mundo de fantasía; a Gustavo y Susana desde su recámara, con la luz apagada, observando y diciendo "era natural que les pasara"... siempre nos tuvieron envidia; a Juan Carlos y Camila, ella en ese estúpido *baby doll* que la hace verse ridícula y que tanto nos presumió como sorpresa para su esposo y él en esos *boxers* de cuadritos con los que inútilmente intenta cubrir el abdomen de cerdo que es, "siempre dije que andaban en malos pasos, no era lógico que tuvieran tanto dinero".

Sí, mientras me sacaban del 321 del exclusivo y seguro fraccionamiento Montecristo, con el suero en la vena del brazo izquierdo y la mascarilla de oxígeno disimulando mis lágrimas, pude ver e imaginar las dos caras del residencial, al menos en mi cabeza, porque yo era parte de ese anverso y reverso, y hoy escuchaba esas conversaciones en mi contra, pero ayer yo las había mantenido hacia alguien más. A mi esposo, al bueno de Román se lo llevaron en otra ambulancia, sangraba del abdomen y lo habían sedado. No pudo verme ni yo a él.

Cuando llegamos al hospital los camilleros me condujeron veloces a un quirófano, esquivando los pasos lentos de la gente enferma, y los nerviosos de otros enfermeros en los pasillos, en una décima de segundo cargaron mi cuerpo y lo pasaron de la camilla a una plancha aséptica en esa habitación de luz azul y verdadero silencio de hospital. Creo que parpadeé y aparecieron los médicos, un enjambre sobre mí y por primera vez sentí un poco de vergüenza, me vi ridícula, tendida sin ropa y completamente fría frente a un grupo de hombres alrededor de mi cuerpo. A partir de ahí no recuerdo

nada de lo que me hicieron. Horas más tarde desperté con esos tubos en la nariz y en la boca.

No vi qué le hicieron a Román ni cómo salía de su operación, en el quirófano donde lo atendían estaba mi papá y mi suegro, ambos con trajes de médico en cirugía, es lógico que mi papá estuviera vestido así porque es cirujano pero mi suegro se veía incómodo en esa ropa azul y con el gorro, completamente fuera de lugar. Jorge estuvo presente durante toda la operación, vio cómo rasuraban el tórax de Román y lo dejaban sin un solo vello, cómo entraba el estilete en esa pequeña herida de un centímetro, rojiza como picadura de avispa, para determinar dónde y a qué altura estaba la bala que había ido comiendo el interior de su cuerpo, como lo había hecho con el mío.

Mi padre salió del quirófano y vino a verme, no pude decirle nada, mi boca seguía siendo una masa amorfa que no me permitía hablar. Lo vi observarme con una tristeza que parecía infinita, sus ojos decían todo lo que nunca había dicho. Se acercó lentamente y me dio un beso en la frente que ya no pude sentir.

Martes 12 de agosto

A las ocho de la mañana llegaron todos los policías a la casa, entraron como una turba sedienta a un bar después de un partido de fútbol, irrumpieron hasta la cocina y se pusieron a revolverlo todo, eso sí, con sus guantes de látex. Mientras caminaban esquivándose unos a otros se referían a mi casa como "la escena del crimen".

La recámara estaba tan desordenada que sentí vergüenza, junto a la mancha de sangre en la alfombra, un lago carmín que se había extendido más allá de sus posibilidades hasta quedar seco, de los pies de la cama hasta el tocador, yacía la baraja y el *backgammon* revueltas, partes del mismo rompecabezas imposible, el color de las fichas del *Black jack* le daba un aspecto diferente a la alfombra, manchándola un poco por aquí, otro poco por allá, salpicándola de verde, azul, rojo y negro.

No entendía por qué mi ropa estaba en el piso, regada por todos los rincones, junto a la puerta del baño y en nuestro vestidor, a los pies del espejo en el que solíamos arreglarnos para asistir a las fiestas de gala del Club, los fines de año y en el aniversario de su fundación, yo con mi vestido largo, negro y entallado, que me ajustaba tanto como los guantes de los policías a sus manos, una segunda piel, y Román con ese esmoquin en el que siempre parecía sentirse incómodo y que lo hacía actuar, sin que él se diera cuenta, como un prepotente de película.

Los policías caminaban torpemente entre nuestras cosas, unas manos gordas y callosas encontraron mi antiguo diario, las manos pertenecían a un cuerpo obeso, al que le costó trabajo agacharse para recogerlo. Lucero... Lucero... sentiste miedo por primera vez, la vergüenza de ser atrapada en una mentira. Pensé que ahora se enterarían de cosas que

nadie debía saber y que si Román lo leía pensaría que yo era una chiquilla estúpida a la que le gustaba hacerlo enojar para después contentarlo en la cama. Pensaría que yo veía demasiada televisión y volvería a llamarme idiota, palabra que se le escapaba con tanta facilidad cuando se trataba de mí.

En el buró, no sé por qué, encontraron el casquillo de la *Beretta* calibre 22 con el que me habían disparado; estaba limpio, sin sangre, brillaba como si lo hubieran pulido y yo escuché a un par de policías decir "qué estúpido" y reírse. Tomaron algunas de las cosas que habían estado manoseando y pasado de mano en mano sin sentido y salieron al porche, donde los esperaban varios periodistas.

Román aún estaba sedado cuando el doctor le dijo al jefe de la policía que había dado positivo en la prueba de nosequeato de sodio. El viejo mal encarado llamó a su secretaria y le pidió que citara a conferencia de prensa.

Después de la seis el auditorio del hospital parecía un hormiguero, había más de treinta reporteros hablando entre ellos "entonces, ¿qué dice el presidente municipal, va a aceptar los cargos?", unos aprovechando los refrescos que el personal del hospital les daba "deberían traernos unas tortas, yo ni desayuné por ir al Montecristo", otros acomodaban sus cámaras, algunos hacían monótonas pruebas de audio con el micrófono "bueno, bueno, probando sonido, sí, uno dos tres". Era un rumor sordo que se filtraba de las bocas a las paredes y al telón guinda del auditorio, una conversación de locos, sin sentido, que parecía no tener fin: "sí fue"... "la pistola era su"... "sus papás van a salva"... "estaba medio lo"... "yo supe que tenía un"... "un vecino me contó"... "estos ricos, así lo solucionan to"... "fraccionamiento tienen miedo"... "adicta al jue", "el primo

no debió habla"... "onio por convenien"... "barazada"... "enían deud"... "infelic"... "fue rob"... casqui"... "u diari"... "qué va"... "demandar"... "la verda"... "se sabí"... "amor"... las palabras embarraban el aire de mediocridad y sentí que me asfixiaba, por suerte entró el mal encarado y prepotente jefe de la policía, lucía cansado, probablemente había dormido poco, como todos.

Golpeó con los dedos el micrófono, cuando el sonido llamó la atención de los presentes acercó su boca de lobo y dijo "Bueno, ¿me escuchan?", de inmediato el interés se centró en su figura y me pareció que eso le gustaba. Los flashes de las cámaras incendiaron su rostro durante varios segundos y los micrófonos se convirtieron en un enjambre sobre él, "la procuraduría, después de revisar la escena del crimen ha determinado que ésta fue alterada, por otra parte, el señor Román Rivera resultó positivo en la prueba de rodizonato de sodio, por ello a partir de hoy está en calidad de detenido y presunto responsable, como autor material".

Me sorprendí, sentí que las fuerzas me abandonaban al escucharlo... mi esposo, Román Rivera... ¿un criminal?... ¿Él autor material de todo lo que había pasado en casa?... Pero si no es capaz de mantener ni siquiera una conversación, ¿cómo iba a mantener una pistola? Pensé que esa noticia no le gustaría a la familia, ni a la Rivera ni a la Ruiz.

Miércoles 13 de agosto

Como era lógico después de un par de llamadas de mi padre y del de Román, el jefe de la policía salió de su oficina con la ceja enarcada en punta, convertida en un pico, peor encarado que de costumbre. La ceja que los días anteriores parecía un oscuro gusano sobre su frente, esta mañana se asemejaba más un bicho ponzoñoso dispuesto a picar y envenenar a quien se cruzara con él. Avanzó por los pasillos sucios y mal pintados de la estación de policía (nunca me imaginé todo lo que una se puede encontrar en una delegación), caminando entre delincuentes de poca monta, borrachos apestosos que se habían quedado dormidos en alguna esquina y no tuvieron ni fuerzas para huir de la patrulla; ladrones de cobre que caminaban por las calles con el cuerpo del delito como quien sale del supermercado; golpeadores de mujeres que ahora evitaban las miradas y antes la habían utilizado como pretexto para pegar; adolescentes con la boca rota que solían iniciar riñas a la menor provocación; mujeres con los ojos cerrados, morados, que no paraban de llorar y de mostrar sus heridas y al mismo tiempo deseaban fundirse con las paredes y desaparecer; madres de familia que llevaban a la hija de 13 años que había sido violada por el padrastro, y que ahora denunciaban más por un arranque de celos que por busca de justicia; niños ricos, perfumados y bien peinados que contrastaban con esa fauna y que se les veía caminar intimidados por ese mundo al que habían acudido a denunciar el robo de su auto convertible recién comprado; los inocentes con cara de asustados porque no saben cómo van a salir de ésta, los inculpados cínicos y sonrientes, sentados como si no hubieran hecho nada y porque, contrario a los honestos, saben perfectamente cómo se librarán de esa justicia a la que bien llaman ciega.

El jefe de la policía pasó entre todos con la normalidad de la rutina, no se detuvo a atender a ninguno, afuera lo esperaban los reporteros y tenía un mensaje importante que comunicar. Respiró profundo y esperó que las cámaras volvieran a enfocarlo, "la procuraduría del estado se retracta de las declaraciones que señalaban a Román Rivera como principal sospechoso y afirman que el empresario no está en calidad de detenido, indiciado o sospechoso, sino en condición de lesionado y testigo. Eso es todo". Sin aceptar preguntas volvió a hundirse entre los sucios personajes del interior y desapareció en esas paredes sabiendo que detrás de él continuaban los gritos de la jauría de reporteros.

Por la tarde volví a ver a toda la familia reunida en casa de mis suegros, ahí estaba mi padre, siempre con el rostro sobrio, una roca incapaz de demostrar nada; junto a él mi madre seca como una rama otoñal, vestida de negro, como si ese color pudiera ocultar la decadencia de su cuerpo y de su perfil; mi suegro molesto, cosa común en él, incómodo lo mismo en un desayuno que cerrando un negocio o felicitándome por haber concluido la carrera. Parecía una foto antigua, cada uno con su pose y todos calculando la distancia y la fuerza de sus palabras, midiéndose todo el tiempo. Igual que en las cenas de fin de año o las Navidades.

El enjambre de reporteros abarrotó el porche, mi padre y mi suegro salieron con el comunicado, con manos temblorosas mi papá comenzó a leer: "El día lunes 11 de agosto, alrededor de las siete de la mañana, recibí una llamada de mi yerno completamente alterado diciéndome que alguien estaba apuntando con una pistola a mi hija. Salí desesperado de mi trabajo, me encontraba haciendo guardia en el hospital, y me detuve apenas vi una patrulla para pedirle auxilio, desafortunadamente no me hicieron caso, les supliqué y busqué

otras pero no tuve éxito, todos me pidieron la dirección, la cual, debido a los acontecimientos no fui capaz de dar con precisión, por lo que me dirigí hacia la casa de mi hija a toda velocidad. Al llegar ya estaba la policía, entré y me encontré con Román y su padre, quien lo estaba auxiliando, ellos me comentaron que a Lucy ya se la habían llevado al sanatorio. Sedaron a mi yerno y lo subieron a la ambulancia con dirección al hospital". Aquí hizo una pausa, volteó a ver a mi suegro y siguió:

"Quiero hacer las siguientes aclaraciones:

Nosotros nunca pedimos una prueba de ADN para el bebé (Claro, a ellos realmente no les importa si Román y yo tenemos, o no, relaciones, aunque creo que preferirían que no hubiera). Consideramos que la pareja era completamente feliz y que, como en todas las relaciones, hay sus pleitos y reconciliaciones (Sí, pleitos como los de las vacaciones cuando uno quiere ir de compras y el otro quedarse tumbado en la playa bebiendo cerveza y eso significaba toda una batalla verbal y de manotazos al aire que terminaba con las papas a la francesa regadas en la arena, o cuando hicimos mi fiesta de cumpleaños y Román se emborrachó como una cuba y le pegó a un compañero de mi clase porque pensó que se me estaba insinuando... Era cierto. Y sus reconciliaciones tan predecibles y anticuadas con serenata en la madrugada y ramos de rosas o chocolates. La única sorpresa que mi marido me ha dado en la vida es la de comprarse una pistola).

Antes de realizarle la prueba de balística a Román, yo le mencioné a la policía que ésta iba a resultar positiva, ya que él había practicado con el arma, que adquirió días antes, debido a que hubo un intento de robo en su casa (Ahora resulta que hasta mi padre sabía más de lo que pasaba en mi casa que yo). Para mí Román es como un hijo y nunca ha habido

ninguna diferencia entre nuestras familias. (Diferencias no, abismos sí). Eso es todo”.

Los reporteros retiraron las grabadoras y desaparecieron sacando sus conclusiones, mi suegro llevó a mi padre a la barra donde los esperaban un par de whiskies en las rocas, con pulso firme Don Rivera tomó los vasos y le pasó uno a mi papá, la pulsación de cirujano con más de veinte años de experiencia desapareció, derramó un poco del líquido ámbar y las gotas fueron absorbidas como siempre por la caoba de la cantina familiar. Nadie habló durante horas.